

# EN EL ALAMBRE

Quizá tiro piedras a mi tejado, pero confieso que esto de escribir un artículo es lo que se dice una broma. Tengo toda la mañana por delante, una habitación donde no puede entrar el vecino -aunque a veces entre su transistor-, una estantería con libros, alguna sólida muleta en forma de diccionario... Y, sobre todo, nadie a mis espaldas, nadie que vaya mirando por encima de mi hombro lo que yo hago. Si me tuerzo al escribir, si emborrono la plana, rompo y vuelvo a empezar; y nadie se entera. Sospecho que así se ha escrito el Quijote, salvando las debidas distancias. Así y con el genio de don Miguel, naturalmente.

Hace unos días llovía y llovía sobre la playa, que es una de las más lluviosas maneras de llover. Pensaba yo que este contratiempo acarrearía graves quebrantos a cuantos viven del sol y la bonanza, pero ya se sabe que nunca llueve a disgusto de todos. Un tendero humilde vendió no sé cuántas gorras de plástico. Y en el café donde tuve que refugiarme, un artista hizo la tarde perfilando las caras de los parroquianos, a cuarenta duros por barba, tanto afeitadas como por afeitar.

Entró con su muestrario bajo el brazo. Se ofrecía en voz baja, pero no sin una cierta altivez en consonancia con su mirada brillante y la pelambarrera hirsuta. Los clientes, tímidos, no se atrevían a mirar, como apartándose del compromiso. Uno, al fin, aceptó el ofrecimiento. Era un tipo de rasgos relevantes, sujeto ideal para la caricatura. Pensé que podría ser un gancho como esos que tienen en los bailes para animar el cotarro, un sujeto al que ahora llaman «el relaciones públicas» con escándalo de quienes entienden las relaciones públicas a más decoroso nivel. Lo cierto es que la gente fue entrando en calor.

El dibujante tenía un lápiz rápido, lúcido, certero. Dos o tres viajes de su mirada escrutadora, del modelo al papel, del papel al modelo, le bastaban para elegir el elemento clave. Luego era un juego montar los alrededores. Pero mi admiración iba más que a su arte a las condiciones en que lo ejecutaba. Empezaba a trazar, y ya tenía en torno a quienes observaban sus movimientos uno a uno. También miraban desde las mesas vecinas. Dedicaba a cada encargo diez o quince minutos, pero la mayor parte del tiempo era para los retoques en color y otras ambientaciones. En realidad, en un par de minutos fundamentales se jugaba el tipo, es decir, la obra. Y no podía volverse atrás, no podía romper. Pensé que el hombre actuaba como un

intérprete en el teatro, no como quien lo hace ante unas cámaras que admiten repeticiones infinitas. Más exactamente, como en el circo, con iguales penas y las mismas glorias que trabajar en el alambre. Y para colmo, sin el subrayado de los aplausos inmediatos, sin la apoteosis triunfal de los tambores redoblantes. Pues aunque casi todas las actuaciones acaban felizmente, es decir, en la aceptación de la obra y en los cuarenta duros, es inevitable un bache, ese momento interminable donde los circunstantes se sienten llamados a opinar y quien posó de modelo no sabe qué decir ante la efigie que siempre le parece de un desconocido.

El artista, como una propina que era también interesado argumento, ofrecía al final de cada trabajo unas consideraciones sobre el quid de la caricatura. Sobre que lo importante no es el parecido riguroso -«eso, los fotógrafos; allá ellos»- sino una atmósfera, «el, apresamiento de lo eterno del hombre en la fugacidad de un relámpago...» Luego marchaba a otra mesa en que ya lo llamaban, porque a la gente se le iba quitando la vergüenza, poco a poco.

Yo me alegro del rato que pasé charlando con él, de la copa con que le animé a sus confidencias. Me dijo que cualquier día dejará esta bohemia ambulante, que lo que él siente es la vocación a más altas empresas. No hace el trabajo de ahora por el vil dinero sino porque es aprendizaje apasionante, un asomarse a una humanidad plural que nunca se repite. Luego se mostró muy censor y corrosivo, casi anarquista: en las caricaturas, so pena de morir de hambre, tenía que disimular los defectos de la gente; pero todos los días, tan pronto como había sacado para comer, se daba el lujo de un arte puro, sin halagos fisonómicos a la clientela.

-Es mi hora -declaró apurando su coñac-. En lo que resta de esta tarde trabajaré para mi propio gusto. Aunque los burgueses no me paguen un céntimo. Voy a ponerlos en la picota. Y amenazaba a un mundo confuso y difuso con sus lapiceros.

Llovía a mantas, como sólo sabe llover, cuando llueve, en la Costa del Sol. El artista continuó de acá para allá, en el alambre, pero debió reprimirse mucho en su pretendida crítica de la sociedad, pues yo le vi cómo seguía cobrando sus cartones. El artista, a veces, una cosa es lo que predica y otra distinta el trigo que da.

**Antonio PEREIRA**